

Pelmazos

Por TIBURÓN III

Si no hubiese tanto pelmazo, estarán ustedes de acuerdo conmigo en que la vida nos dejaría más tiempo libre para dedicarlo a placeres o dolores dignos de aprecio. Viviríamos casi el doble, sin pelmas. Pero no hay remedio: la vida consiste en esquivar pelmazos o tropezar con ellos, lo mismo que un eslalom de esquí consiste en sortear banderitas o llevárselas por delante. El pelmazo es, dicho sea a grandes rasgos, quien se interpone entre uno y las cosas de veras interesantes. Hay pelmazos de todas clases. Algunos son físicos, materiales, o sea, que se apelmazan con todo el cuerpo. Otros, los peores, son espirituales o intelectuales, dan la "pelmada" a fuerza de énfasis en lo prolijo, lo trivial o lo falso. Los primeros obstruyen, los segundos bloquean y despistan. Confieso ser tan bobo como para haber dedicado mucha energía vital a rezongar contra pelmazos.

Empecemos por dos tipos de pelmazo físico, a los que podríamos llamar "modelo bulto" y "modelo jaula". El primero tiene la especialidad de tapar con su fofa argamasa cada hueco por el que uno pretende colarse. Si hay una puerta, siempre se parará a charlar en el quicio o donde más estorbe; si hay una escalera estrecha, se arrodillará a abrocharse el za-

pato a medio camino, de modo que quien quiera bajar tenga que saltarle por encima o deslizarse por la balaustrada; si nos toca en la fila de delante de un cine, llevará un peinado imposible, cabeceará a derecha e izquierda sin parar hasta que nos duela el cuello, etc.

Los más insoportables son los que además nos agreden "tocándonos las narices" con olores nauseabundos de sudores fermentados, ventosidades sulfúricas y halitosis perennes de licores, tabaco y ajos. Te niegan el derecho a respirar y lo único que deseas en ese momento es escapar de allí urgentemente, cuando el riesgo de asfixia te impide continuar sentado en el cine junto a semejante fábrica de emanaciones letales. El "modelo jaula" se especializa en apresarle a uno con los lazos de la cortesía o del respeto ajeno. Es el "amigo" que nos para, agarrándonos firmemente por el brazo, cuando corremos por la estación cargados de maletas, dos minutos antes de salir nuestro tren: ¡Hombre, Fulano, qué casualidad, cuánto tiempo! ¿Vas con prisa? Oye, sólo un momento: ¿Te acuerdas de Zutanita? Pues mira..."

Y así. la versión sádica del "jaula" es ese conferenciante que se propone hablar cuatro o cinco horas pero que desde los primeros diez minutos em-

pieza a anunciar el inminente final: "Y, para terminar, veamos... ahora, como último punto, acabaré recordándoles brevemente...". No se engañen: aún le quedan 30 folios. Pero uno, bobo y cortés, sigue sentado pensando: "Hombre, ya está acabando, no voy a levantarme ahora". Me dirán ustedes que a lo mejor la conferencia es interesante; en el caso del pelmazo, nunca: si el tema lo es, ya se encargará él de que nadie se dé cuenta.

Como ya he señalado antes, los pelmazos estrictamente espirituales son los de más alto riesgo. En este terreno, cada uno tenemos la amenaza de nuestras propias bestias negras. No se preocupen, no voy a hablar de los curas. Me referiré como ejemplo doloroso a ciertos críticos de medios audiovisuales, agudos denunciadores de pajas en el ojo ajeno y voluntarios acéricos de vigas. También resultaría oportuno incluir en la nómina de pelmazos a esos filósofos de escuela heideggeriana cuya única tarea es exhortar a pensar, a pensar el pensar, a pensar el pensar del pensar, a pensar el pensar de los pensares, como esos voceros de las salas de strip-tease que se pasan la vida en la puerta exhortando a los demás a entrar y divertirse, aunque ellos nunca cruzan el umbral porque son impotentes. Pero baste con lo dicho hasta ahora, que ya Voltaire -el antipelmazo por excelencia- observó que para ser pelma no hay como obstinarse en decirlo todo.